

Versaciones de un chupaplumas

Ha gritado “¡socorro!”

y él se ríe cuando se lo digo y dice que no me cree; pero yo le digo que sí, y que se ha puesto en pie de un salto agarrando su bolso y apretándolo contra su pecho y que — una vez metido en faena, como suele decir mi madre, el comer y el rascar todo es empezar — con los gritos ha sobresaltado a una joven que, interrumpiendo bruscamente la conversación que entre susurros



mantenia con el joven que la acompaña, se ha puesto de pie también ella de un salto derribando (sin querer) el vaso de refresco que tenía delante.

— Ah — dice él, en tono burlón mirándome con escepticismo —, nuestra joven amiga ha derribado un vaso de refresco.

— Sí — respondo —, sobre la mesa.

Y que sin atender a los ruegos del enamorado...

— ¿El joven que la acompaña está enamorado?

— ¡Pues claro!

— ¿De ella?

— ¿Y de quién, si no?

— Pues, no sé... — ahora mi amigo parece inseguro —; puede que la haya citado para decirle que no está seguro de sus sentimientos y prefiere romper su compromiso.

— ¿Y por qué habría de querer romper su compromiso? Además — pongo en su conocimiento — es una chica monísima ¿Quieres que te la describa?

— No. Puedo imaginármela yo solo — dice, en tono seco. Luego enciende otro cigarrillo y recita —: ha derribado el vaso de refresco que tenía delante sobre la mesa y, sin atender a los ruegos del enamorado...

Y se me queda mirando, inquisitivo.

— Sin atender a los ruegos del enamorado —reanudo — instándola a volver a su lado porque todo ha sido un estúpido malentendido por culpa, dice, de ese par de cretinos a los que alguien tenía que haber partido la cara hacía, según él, ya mucho tiempo — ha corrido despavorida hacia la puerta...



Versaciones de un chupaplumas

Ha gritado “¡socorro!”

– Pero la chica no alcanza la puerta — apunta, taxativo mi amigo.
– ¿La chica no alcanza la puerta? — Objeto, molesto — ¿Y qué se lo impide?

– Se lo impide un tipo rechoncho, que parece un poco harto, con camisa de manga corta a cuadros y gorra de visera.

– ¿Lleva un arma?

– No, olvídate del arma; sólo se rasca con gesto cansino la entrepierna.

– Eso es ridículo.

– No sé si es ridículo pero ese tipo es, respondiendo a tu pregunta, exactamente lo que rascándose la entrepierna con una mano mientras con la otra se seca con un pañuelo el sudor de la frente se interpone entre la chica y la puerta.

– ¿Y por qué se interpone? — Pregunto.

– No lo sé todavía — responde, acariciándose ensimismado la barbilla —; no sé por qué se interpone pero se planta delante de la chica, y se rasca la entrepierna con una mano mientras con la otra se seca con un pañuelo el sudor de la frente y, en tono paternal, amable, casi tierno, le dice “alto ahí, muñeca, no vayas tan aprisa”.

»– ¿No tan aprisa? — La chica, que parece irritada — ¿“Aprisa” cuando llevo semanas intentando salir de una maldita vez por esa jodida puerta?

»Se ha dejado caer, con aire abatido, sobre una silla cualquiera y, acodada sobre una mesa cualquiera, sujeta su cabeza entre las manos lamentándose de que no va a conseguirlo nunca y ella lo sabe; de que llegará a vieja y morirá sin haber logrado zafarse de no sabe qué maldición a la que parece irremisiblemente condenada...

»– Vamos; serénate un poquito, ¿quieres?

»Y se quita el hombre la gorra de visera, y la deposita sobre la mesa, y da a la chica unos golpecitos afectuosos en el hombro, y le pregunta si quiere tomar un sorbito de agua...

»– No quiero agua — Ella.

»– ¿Y una tila?

»Pero la chica no quiere ni agua ni tila ni nada de lo que el hombre le ofrece; la chica sólo quiere salir por la puerta — dice — todo lo despavorida que haga falta, “vale”, pero (y que no sabe si eso el hombre de la camisa a cuadros y la gorra de visera podrá entenderlo) “satisfecha de mí misma y de mi trabajo” y segura de haber hecho las cosas “exactamente,

Versaciones de un chupaplumas

Ha gritado “¡socorro!”

entérate, porque no soy aunque tú puedas imaginarte lo contrario ninguna guapa estúpida” como ella sabe que deben hacerse.

»— Así que lo que quiero — concluye —, y disculpadme todos por estaros causando tantos problemas, es — hace una pausa para suspirar y retirarse con las manos el pelo de la frente — otro refresco.

»— ¿Otro refresco? — Y el hombre de la gorra de visera mira desolado el reloj.

»— Otro. Otro. Otro — Clama a gritos desgarrados la joven, llorando a lágrima viva y dando puñetazos sobre la mesa.

»— Pero... — El hombre de la gorra de visera.

Y que es entonces cuando el enamorado, prosigue mi amigo, que ha permanecido tranquilamente sentado a la mesa charlando con la camarera rubia que vino a secar el refresco que se había derramado sobre la mesa y a pasar la fregona por el suelo, le hace un gesto con la mano — porque la chica, la camarera rubia, se había sentado también cuando terminó con la fregona a fumar un cigarrillo con él —; un gesto con la mano indicando que espere un momento y se pone de pie y se acerca a la chica que lo había derramado (morena) y al hombre del reloj y la gorra de visera y dice “vamos, preciosa, Steve tiene razón; todos estamos cansados y es muy tarde”.

— ¿Todos estamos cansados? — Ella, mirándolo con los ojos enrojecidos y en tono muy histérico — ¿De qué estás cansado tú que llevas toda la tarde apalancado en esa mesa?

— Llevo toda la tarde — responde el chico en tono apacible — trabajando, igual que tú. Pero, ya lo sabemos, las cosas no siempre salen bien a la primera.

— ¡Que me lo digan a mí! — La camarera rubia.

— ¿De qué tendrás tú, Shirley, que quejarte? — Un tipo alto y desgarbado, que ha permanecido en silencio todo el rato haciendo anotaciones en una libreta.

— Oh, no, de nada — Shirley —; la verdad es que estoy encantada de haber encontrado este trabajo.

Y dedica, desde lejos, una mirada cómplice al enamorado de nuestra chica de la que (mirada) el tipo desgarbado de la libreta toma nota.